

Ray Celestin

El lamento del mafioso

Traducido del inglés por Mariano Antolín Rato

Alianza Editorial

Título original: *The Mobster's Lament*

*Reservados todos los derechos.
El contenido de esta obra está protegido por la Ley,
que establece penas de prisión y/o multas, además de las correspondientes
indemnizaciones por daños y perjuicios, para quienes reprodujeren, plagiaren,
distribuyeren o comunicaren públicamente, en todo o en parte, una obra literaria, artística o
científica, o su transformación, interpretación o ejecución artística fijada
en cualquier tipo de soporte o comunicada a través de cualquier
medio, sin la preceptiva autorización.*



*Copyright © Ray Celesin, 2019
© de la traducción: Mariano Antolín Rato, 2021
© Alianza Editorial, S. A., Madrid, 2021
Calle Juan Ignacio Luca de Tena, 15; 28027 Madrid
www.alianzaeditorial.es
ISBN: 978-84-1362-353-5
Depósito legal: M. 7.307-2021
Printed in Spain*

SI QUIERE RECIBIR INFORMACIÓN PERIÓDICA SOBRE LAS NOVEDADES DE
ALIANZA EDITORIAL, ENVÍE UN CORREO ELECTRÓNICO A LA DIRECCIÓN:

alianzaeditorial@anaya.es

*Para mis tías: Georgia, Maria, Marina,
Panayiota, Sofia, Voula y Marie*

PERSONAJES

Ida Young (de soltera Davis), *investigadora privada*
Michael Talbot, *investigador privado (jubilado)*

FAMILIA LUCIANO

«Lucky» Luciano, *jefe, extraditado a Italia*
Frank Costello, *jefe en funciones*
Vito Genovese, *subjefe en funciones*
Joe Adonis, *lugarteniente de Costello*
Gabriel Leveson, *factótum de Costello*
John Bova, *topo en la camarilla de Costello*
Nick Tomasulo, *topo en la camarilla de Genovese*

DEPARTAMENTO DE POLICÍA DE NUEVA YORK

Teniente David Carrasco, *destinado al*
Departamento de Homicidios del Fiscal del Distrito
Contacto de Michael
Teniente John Salzman, *Brigada de Estupefacientes*
Contacto de Gabriel

OTROS

Benjamin Siegel (fallecido), *representante de la Mafia*
de Nueva York en la Costa Oeste
Albert Anastasia, *subjefe de la familia criminal Mangano*
Bumpy Johnson, *extorsionador de Harlem*

«¿Le gustaría tener una imagen que le permita hacerse una idea de mi vida? Hay una persona al volante de un coche por una carretera que desconoce. No puede detener el coche. Las cosas que pasan resultan inesperadas, nuevas, diferentes con respecto al viaje que quería hacer. Para el hombre que va al volante de su propia vida es terrible darse cuenta de que el freno no funciona».

FRANK COSTELLO, mafioso

SUNDAY NEWS

DIARIO ILUSTRADO DE NUEVA YORK

Última edición

Domingo, 3 de agosto de 1947

NOTICIAS LOCALES

CASA DE LOS HORRORES EN HARLEM

ENCUENTRAN A CUATRO MUERTOS
APUÑALADOS EN UN HOTEL DE MALA
MUERTE DE LA PARTE ALTA

VETERANO NEGRO DETENIDO EN
LA ESCENA DEL CRIMEN

VUDÚ RELACIONADO CON BRUTALES
ASESINATOS

Leonard Sears - Redactor jefe de sucesos

Manhattan, 2 de agosto. – Thomas James Talbot, de 35 años, trabajador en un hospital de Nueva York, fue acusado esta mañana de cuatro asesinatos en primer grado como consecuencia de la matanza ocurrida el viernes por la noche en un hotel de la calle 141 Oeste. Se pidió a la policía que acudiera al Hotel Palmer después de que se informara de un altercado y esta encontró una auténtica carnicería, con cuerpos diseminados por todo el hotel. En una habitación del fondo del inmueble descubrieron a Talbot, empapado en sangre, que todavía tenía en la mano dinero y drogas robadas a sus víctimas. Talbot, residente en el hotel, huyó, pero fue capturado tras una breve persecución.

**«La escena del crimen más espantosa con
la que me he encontrado nunca»**

A las cuatro víctimas las habían matado a cuchilladas, algunas estaban degolladas y otras parcialmente descuartizadas y destripadas. Los cuerpos se encontraron en la zona de recepción, un pasillo y dos de las habitaciones. El capitán de la policía, John Rouse, describió la escena del crimen como «la más espantosa con la que me he encontrado en mis treinta años como agente de la policía. A todas las víctimas las habían agredido espantosamente y matado a sangre fría». El arma del crimen, lo más probable una navaja de hoja larga como un machete, todavía no se ha encontrado.

ELEMENTOS DE VUDÚ

Talbot, veterano de la Segunda Guerra Mundial que participó en la campaña del Pacífico, había alquilado una habitación hacía varias semanas en el piso alto del hotel. Cuando se realizó un registro de su habitación, entre sus pertenencias se descubrieron numerosos objetos relacionados con ritos vudú: fetiches, amuletos, huesos para adivinación, calaveras y ropas. También se encontraron frascos que contenían líquidos y objetos sin identificar de las islas del Pacífico. Objetos similares fueron hallados en una habitación del segundo piso donde se encontraron dos de los cuerpos, junto a publicaciones relacionadas con el Templo de la Tranquilidad: un culto vudú de Harlem. Todavía está por confirmar si los asesinatos se realizaron como parte de un sacrificio ritual vudú o si Talbot y sus colegas practicantes,

que vivían también en el hotel, se pelearon con consecuencias trágicas. Hacia el final de la noche, Talbot era el único residente del hotel que quedaba vivo.

**EN LA ESCENA DEL CRIMEN FUE
LOCALIZADO UN TRABAJADOR DEL
SECTOR DEL TRANSPORTE QUE HABÍA
DESAPARECIDO**

Entre los muertos estaba Arno Bucek, de 25 años, la única víctima blanca. Los padres de Bucek, de Queens, habían informado de su desaparición seis semanas antes. Fue en la habitación donde se encontraba el cuerpo de Bucek donde la policía descubrió inicialmente a Talbot. Se cree que Talbot estaba intentando robar drogas y dinero en la habitación de Bucek cuando llegó la policía. No está claro lo que Bucek, adicto a la heroína, estaba haciendo en un hotel de mala muerte para negros, donde había permanecido las seis semanas transcurridas entre su desaparición y su muerte. La policía no ha descartado la teoría de que hubiera sido secuestrado con objeto de hacer rituales de tortura.

COMPARECENCIA ANTE EL JUZGADO

Talbot se mostró indolente y desaliñado durante la lectura de cargos en el Juzgado de lo Penal de Manhattan. El ayudante del fiscal del distrito, Russell Patterson, lo acusó de asesinatos en primer grado, y fijó la fecha del 11 de agosto para una vista preliminar de las acusaciones. Talbot no hizo ningún alegato. Quedó a disposición judicial y fue internado en la prisión de Rikers Island.

LISTA DE VÍCTIMAS

Relación de las víctimas descubiertas en la escena del crimen:

— Arno Bucek, 25 años, encontrado en el primer piso. Muerto por múltiples cortes en el torso.

— Lucius Powell, 29 años, encontrado en el pasillo del segundo piso, presunto miembro del Templo de la Tranquilidad, muerto por múltiples cortes en el torso.

— Alfonso Powell, 32 años, encontrado en el segundo piso, hermano de Lucius, presunto miembro del Templo, muerto por un solo corte en la garganta.

— Diana Hollis, 45 años, encontrada en la zona de recepción del hotel. La señorita Hollis, empleada del hotel, tenía heridas descritas como «especialmente brutales» por el capitán Rouse.

Para más información sobre este crimen, y otras fotografías de la espantosa escena del delito, pasar a la página 4.

PARTE UNO

NOVIEMBRE DE 1947

«Como muestra de los problemas operativos con que se enfrenta la fiscalía, baste con considerar la complejidad de la vida en la isla de Manhattan. Aquí, 2.000.000 de residentes de ascendencia, raza, religión y color heterogéneos y 3.000.000 de turistas y personas diarias abarrotan los 57 kilómetros cuadrados más congestionados del mundo. En ninguna parte se encuentra tal volumen de delitos; en ninguna parte adquiere tantas formas diversas e imaginativas; y en ninguna parte es posible que un delincuente se pueda perder con tanta facilidad entre la multitud».

Informe del fiscal del distrito,
Condado de Nueva York, 1946-1948

1

Lunes, 3, 1:45

VEN, MIRA LOS VAMPIROS. Observa cómo recorren Times Square. Observa cómo se dan empujones y se apiñan igual que las estrellas giran en la noche. Las putas, los chulos y los yonquis, los traficantes, timadores y estafadores, los rateros, los navajeros, los fanfarrones, los que roban a borrachos, los que roban a muertos, los fugados, los trasnochadores y vagos y sin hogar, los holgazanes y los eternos perdedores, atraídos al corazón de la mayor ciudad del mundo por sus resplandecientes neones, su impredecible jazz, la posibilidad de hacérselo de algún modo. Desde las pensiones de mala muerte del Bowery, desde los tugurios de drogas de la parte alta de la ciudad, desde los bares de locas diseminados como guirnaldas luminosas a lo largo de las dársenas de Chelsea y Brooklyn, desde donde te la chupan, desde los clubs de *bebop*, desde locales nauseabundos, desde autoservicios, desde puertas al escenario y apartamentos de artistas, desde bloques de viviendas sin agua caliente y áticos lujosos en las nubes, desde puentes y autovías, desde la negrura bajo el metro elevado de la Tercera Avenida, desde túneles, desde callejones, desde sótanos, desde alcantarillas, desde sombras, saliendo del mismo cemento de la ciudad, ha llegado la oscuridad y se ha convertido en algo peligroso y vivo: ha surgido el imperio de la noche.

Entre sus hordas caminaba un hombre alto, de pelo oscuro, en la treintena, con el cuello de su trinchera subido y su sombrero Stetson

caído sobre la cara. Oculta una sonrisa de acoso; una cara que lleva las señales de una vida inquietante en las calles de Nueva York. Sus padres, muertos hace tiempo, le han llamado Gabriel por el arcángel, y toda su vida ha andado un tanto cansinamente, igual que si el peso de un par de alas le presionara la espalda.

Pasó por delante de clubs de jazz que emitían un remolino *bebop* en la noche, espectáculos porno con rótulos luminosos —CHICAS, CHICAS, CHICAS— que iluminaban las aceras como ferias. Apreció su reflejo en los cristales de las cafeterías abiertas toda la noche, un reflejo que se distorsionaba conforme se movía. Rodeó carteles promocionales delante de cines poco recomendables, ignoró los gritos de las busconas que surgían de las sombras y llegó a su destino: Broadway 1557, Autoservicio Horn and Hardart. Alzó la vista hacia el edificio, hacia sus ventanas gigantes de cristal esmerilado, hacia su rótulo de neón rojo situado dos pisos más arriba.

Se detuvo antes de entrar, miró a su alrededor. Podría significar la muerte que lo descubriera alguien. O peor aún, la muerte de la chica. Y era por la chica por lo que lo arriesgaba todo. Entrar, conseguir el pasaporte, salir. Largarse antes de que cualquier mirada perdida arruinase seis años de planes.

Entró y vio que el lugar estaba atestado. Había mucho ruido de gente, clientes en dos filas delante de las máquinas expendedoras. Gabriel echó una ojeada entre la multitud y la espesa cortina de humo de cigarrillos y distinguió al falsificador en una mesa cerca de los lavabos, sentado solo. Luchó para abrirse paso y ocupó la silla frente a él. Vio de inmediato lo cerca de la muerte que parecía; demacrado, piel amarillenta y ojos apagados. Gabriel volvió a preguntarse por qué el falsificador había elegido hacer la entrega en Times Square en mitad de la noche. A lo mejor quería follar por última vez en uno de los burdeles esparcidos por allí como confeti. Pero el hombre le había explicado que tenía un billete para el tren nocturno que salía de la Penn Station, y de todos modos aquellos días estaba tan enfermo que no podía dormir.

La voz del falsificador resultaba cansina y débil y Gabriel tuvo que esforzarse para oírle por encima del estruendo de las válvulas del café, las máquinas tragaperras y las camareras amontonando platos con estrépito. Aquel era uno de esos sitios que amplificaban el ruido, que convertían todos los sonidos en un estruendo y lo hacían resonar en las paredes.

El falsificador tomó un sorbo del café que tenía delante e hizo un gesto de dolor. Gabriel le entregó un sobre. Este contenía dinero suficiente para que el hombre se marchara a Toronto, se internara en una clínica y contara con suficientes analgésicos para hacer soportables sus escasas y últimas semanas en la tierra. La muerte del falsificador aseguraría su silencio, algo por lo que le había elegido Gabriel. Hacerse con los pasaportes era el último eslabón de su plan de fuga, y cuando se enteró por el amigo de un amigo de que el falsificador estaba en las últimas, fue a reunirse con él en Jersey y hacerle una oferta.

El viejo subió su maletín a la silla que tenía al lado, lo abrió y rebuscó dentro. Gabriel se estiró para ver lo que llevaba en su viaje hacia la muerte: ropa cuidadosamente doblada, un neceser de Pam Am, un ejemplar de *Spinoza* del Reader's Digest. El hombre había doblado las esquinas de una docena más o menos de páginas, haciendo que Gabriel se preguntase qué sabiduría contendrían. Eso también le hizo pensar en el Doc, que salpicaba sus parrafadas con citas de la *Ética*.

—*Entender es ser libre*—dijo Gabriel.

El falsificador se detuvo y alzó la vista hacia él, y una arruga le recorrió la frente. Gabriel señaló el libro. El falsificador asintió, luego reanudó su búsqueda, hizo salir con un crujido un sobre acolchado de su maletín y se lo entregó.

Gabriel lo abrió y sacó los pasaportes. Eran de la mejor calidad. El viejo había empleado todas sus décadas de experiencia y destreza en ellos: eran, a fin de cuentas, los últimos documentos que falsificaría nunca, la última vez que practicaría su arte.

Gabriel se guardó en el bolsillo los pasaportes y felicitó al falsificador por un trabajo tan bien hecho. Sin embargo, cuando el hombre iba a

responder, le asaltó un ataque de tos. Se sacó un pañuelo de la manga y Gabriel vio que tenía manchas de un marrón sanguinolento.

Mientras esperaba que el viejo se recuperase, Gabriel miró a su alrededor para comprobar si veía a alguien conocido en el local. Su ojo se detuvo en los dispensadores automáticos de comida, todos de cristal, del tamaño de una caja de zapatos, situados unos encima de otros hasta cubrir toda la altura de las paredes. La gente metía monedas en las ranuras, hacía girar las asas, sacaba comida de los dispensadores: un plato de macarrones con queso, una sopa de tomate, unas croquetas de pescado, un pastel de lima.

En una mesa más apartada, unos universitarios compraban costo a un adolescente portorriqueño con cazadora de cuero. En otras mesas estaban sentados taxistas y repartidores de telegramas con cara de sueño, bailarinas, yonquis y chulos, los marginados y bichos raros que llenaban Times Square todas las noches y se evaporaban cada amanecer. Gabriel los echaría de menos cuando se fuera, y eso que sabía lo que eran: unos seres tan cínicos y oportunistas como la ciudad que llamaban su casa. Y también echaría de menos Nueva York, su estruendo, su energía, su agitación, el modo en que te golpeaba. Como ningún otro sitio de la tierra. Las ciudades de Europa y Asia habían sido diezmadas por la guerra y ahora Nueva York era la única que se mantenía. En los cielos oscuros de la parte alta de la bahía, la antorcha de la mano de Libertad ardía más brillante.

Las puertas delanteras del autoservicio se agitaron al abrirse y asomó un grupo de turistas del Medio Oeste. Echaron una ojeada como si estuvieran a punto de entrar en una Babilonia contemporánea y, tras unos cuantos movimientos de desconcierto, se dieron la vuelta y salieron. La puerta osciló al cerrarse, y a través de la condensación de sus cristales las luces y vistas de Times Square se transformaron en un prisma de rayos multicolores, lo que llevó a Gabriel a pensar en constelaciones, alucinaciones, el cuadro pintado con churretes de su apartamento.

Se volvió hacia el viejo, que dio el último sorbo a su café y asintió.

—¿Contento de irse? —preguntó Gabriel, sin saber si el viejo compartía sus propios sentimientos encontrados con respecto a marcharse de la ciudad.

El falsificador reflexionó sobre la pregunta.

—Contento, triste... da lo mismo —dijo.

Gabriel se preguntó si la idea procedería de Spinoza.

Ayudó a levantarse al hombre y se ofreció a acompañarle a la Penn Station.

—Lleva usted encima un montón de dinero —dijo Gabriel, esperando que el falsificador no se sintiera subestimado—. Estas calles son peligrosas.

El falsificador negó con la cabeza.

Salieron a la acera; había empezado a lloviznar mientras estaban dentro. El falsificador se subió el cuello del abrigo y se encasquetó una gorra en la cabeza. Lanzó una mirada a Gabriel y este supuso a qué se debía la actitud gélida del hombre: le había pedido que falsificara unos pasaportes para él y una chica de trece años. No era cuestión de explicar que la chica era su sobrina, que los dos huían por el bien de ella. Gabriel había dejado que el hombre pensara lo peor de él. Pero estaba acostumbrado a ello. En el pasado Gabriel había sido enterrador nocturno, estafador, perseguidor de morosos, jugador de ventaja, todo lo cual le había hecho familiarizarse con la desaprobación. En la actualidad era encargado de un club nocturno regentado por la Mafia y arreglaba asuntos sucios cuando era necesario. Hacía bien su trabajo. Tenía un desenfado del que otros gánsteres carecían; encanto y serenidad para manejar situaciones delicadas. Pero durante los últimos años Gabriel había estado robando dinero, y dentro de diez días, el jueves 13, la Mafia lo descubriría.

Mientras observaba al falsificador desaparecer Broadway abajo, camino de la Penn Station, de Toronto y de un tobogán embadurnado de morfina hacia lo gran desconocido, le vino a la cabeza otra cita de Spinoza: «Un hombre libre en nada piensa menos que en la muerte». Le gustaría saber si estaba en una de las páginas que había doblado el hombre.

Encendió un cigarrillo y se apresuró entre la multitud hacia la parada de taxis más cercana. Hasta donde podía alcanzar, había hecho el arreglo sin que nadie lo advirtiera. Misión cumplida, pero su ansiedad solo se había atenuado un poco. Ya llevaba semanas viviendo en una nube de ansiedad. Si Gabriel y su sobrina no estaban en México cuando se descubriera el desfalco, los dos estarían muertos. Una playa en Acapulco o tumbas poco profundas en un bosque de la parte norte del estado.

Alcanzó la parada de taxis y se puso a la cola detrás de una pandilla de jerguistas ricos: los hombres con trajes brillantes, las mujeres con perlas y visones. Más adelante, grupos de gente alegre incapaz de mantenerse erguida. Era el primer fin de semana del mes y las calles estaban llenas de borrachos en día de paga. Gabriel apartó la vista de aquel follón y distinguió un tablón de anuncios sujeto a la pared del edificio de enfrente. Hace un par de años estaba cubierto de carteles de bonos de guerra, ahora un penacho de trozos de papel clavado en él aleteaba al viento, un tanto reblandecido por la llovizna. Avisos de la policía, objetos perdidos, personas desaparecidas.

Gabriel se quedó mirando el último. Había docenas de ellos. La mayoría, de chicas, jóvenes casi todas, de todo Estados Unidos, vistas por última vez subiendo a autobuses o trenes en pueblos de los que él nunca había oído hablar. Vistas por última vez vistiendo esto o aquello. Algunos de los anuncios tenían fotos sujetas con chinchetas. Algunas de las chicas no parecían mucho mayores que la sobrina de Gabriel. Pensó en los indeseables que merodeaban por la Penn Station y las terminales de autobuses en busca de jóvenes huidas de casa, presas fáciles, carne fresca, CHICAS, CHICAS, CHICAS.

Oyó el claxon de un coche y se dio la vuelta, comprobando que estaba el primero de la fila. Saltó dentro del taxi que esperaba.

—¿Adónde, jefe? —preguntó el taxista.

—Al Copa.

El taxista asintió y se internó en el tráfico, y Gabriel volvió a mirar los carteles, pensó en toda la gente perdida del mundo, en los desaparecidos. Dentro de diez días, de un modo u otro, él y su sobrina estarían entre ellos.

Lunes, 3, 2:34

SE DIRIGIERON HACIA EL norte por el Midtown, dejando atrás Times Square y su arcoíris nocturno. Atajaron por la 7, luego por la 52. Pasaron delante de los clubs de jazz de Swing Street, que todavía latían con el neón, la música y el movimiento. Tomaron Madison arriba, que estaba más callada, como respetando la hora. Las clásicas fachadas de sus oficinas y bloques de apartamentos estaban impregnadas de quietud y sombras, lo que las hacía parecer mausoleos, como si la calle estuviera bordeada de criptas. Gabriel imaginó que la ciudad entera era una necrópolis, con esqueletos detrás de cada puerta.

El taxi tomó la calle 61 y hubo señales de vida: el Copacabana, situado en la que por otra parte era una anticuada calle residencial en la zona más rica del Upper East Side. Aún había una serpenteante cola de gente en la acera, esperando para entrar. Había porteros y taxistas y trasnochadores que se dirigían a casa. La agitación propia de un club nocturno. El sonido sordo de la música estremecía el aire.

Se detuvieron detrás del camión que transmitía para la radio aparcado junto a la entrada del Copa Lounge, en la puerta de al lado. Gabriel se apeó de un salto, pagó la carrera y alzó la vista hacia el anuncio: «Nunca una versión que no sea auténtica ni una consumición mínima». Gabriel lo pasó andando, hasta la misma entrada del Copa. Los porteros